

Biblioteca-Films

NÚM.
376

¡Que Fenómeno!

25
CTS.



Harold
Lloyd

Bárbara
Kent



Bruckman, Clyde

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbard, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 376

¡Qué fenómeno!

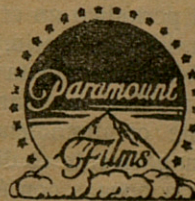
(WELCOME DANGER, 1929)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el simpático artista de la pantalla

HAROLD LLOYD

Producción sonora

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Harold
Billie

HAROLD LLOYD
Barbara Kent

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

JOSE M PADRO

PRIMERA PARTE

Camino de San Francisco, el expres seguía su marcha rápida, mientras que en el interior de un coche un viajero iba leyendo tranquilamente el periódico. Detrás de él, y tan interesado o más que el dueño del diario, otro joven de aspecto simpático, cuyos ojos iban resguardados por unas magníficas gafas, seguía también un artículo de botánica que traía el diario. La página terminaba, sin que hubiera dado fin al artículo y el joven, sin tener en cuenta de que el periódico no era suyo intentó volver la página. El propietario, que hasta entonces no se había dado cuenta del lector que había tras él, se volvió airadamente hacia el importuno y éste comprendiendo que había metido, lo que vulgarmente se dice "la patita", trató de ponerse a buenas con él diciéndole, a la vez que le enseñaba varias fotografías, en las que aparecía con varias macetas:

—¿Qué le parece este raro ejemplar de "dianthus" aromático?

El otro se le quedó mirando más severa-

mente todavía, sin poder comprender a qué venía aquella pregunta, y, el joven, convencido de que su interlocutor era un aficionado a las flores siguió diciéndole:

—Me encanta encontrar una persona a quien le interesen las flores... Yo soy estudiante de Botánica y me llamo Harold Bledsoe.

—¿Y quién le ha dicho a usted que a mí me interesan las flores y cómo se llama usted?— exclamó de mal humor el otro viajero

—¿Ah, no?—respondió Harold frístemente—. Pues me he tirado otra plancha.

Y corrido y avergonzado se levantó de su asiento, para buscar otro más cómodo y donde no tuviera a la vista a aquel acompañante. Pero en aquel mismo momento, el tren paró en una estación y Harold miró por la ventana, para ver dónde se hallaban. El rótulo de la estación decía escuetamente: "Nesbury".

—¿Nesbury?—se preguntó a sí mismo el muchacho—. Este nombre me suena a fresa o a sambuesa. ¿Qué clase de pueblo será éste?

Para conocer algo de él, bajó del tren y se dirigió a la estación.

Pero antes de seguir relatando lo que le sucedió a Harold en aquel pueblo que tan dulce le había sonado al oído es preciso que hagamos un alto y presentemos a un nuevo personaje que había de tener una influencia muy decisiva en el destino de nuestro simpático protagonista.

En un viejo Ford, no tan viejo que no pudiera andar, una muchacha, a la que calificaremos de preciosa, por no encontrar otro calificativo que pueda dar más a entender la belleza de su rostro diez y nueve abrileño y la esbeltez de su cuerpecito, acompañada de un hermano menor, se detuvo también en la puerta de la estación y antes de bajar del auto, sacó del pecho una carta que ya llevaba escrita y leyó nuevamente su contenido que decía entre otras cosas.

"... y me voy a San Francisco, porque me han dicho que el doctor Chang Cow, es el único que puede hacer la operación de mi hermano, para que vuelva a andar..."

Una vez que leyó la carta, la cerró y bajó del coche para depositarla en la estafeta de la estación. En la puerta de ésta había una fotografía de la persona que se hallaba delante del objetivo.

Billie, que era el nombre de esta preciosidad, sintió curiosidad por verse reproducida y arrojó la moneda. Esperó unos segundos y en vista de que la máquina no funcionaba entró en el interior de la estación para hacer la reclamación oportuna.

En este instante fué cuando llegó también Harold y vió también la referida máquina, sintió el mismo deseo de Billie y arrojó la moneda. Esta vez el aparato se portó mejor y funcionó normalmente, es decir que a los pocos

segundos arrojó la fotografía. Harold la recogió, pero su sorpresa fué enorme al ver que no era solamente él el que estaba retratado, sino que a su lado, muy juntita, había una muchacha, que era precisamente Billie.

—¡Vaya una chiquilla bonita!—se dijo mentalmente Harold. Pero el silbato del tren le anunció que iba a partir y ante el temor de perderlo volvió a subir nuevamente.

Poco después, Billie montaba en su coche y emprendía de nuevo la marcha hacia San Francisco.

Pero indudablemente aquel viaje debía tener para Harold más sorpresas que una tómbola y las cosas venían sucediéndose de la forma más original del mundo. Cuando ya llevaban recorridos algunos cientos de kilómetros, el tren paró rápidamente y todos los viajeros descendieron para ver de qué se trataba. El maquinista se hallaba arreglando algo de la máquina, cuando Harold, que era uno de los que habían descendido, se acercó a él y le preguntó:

—¿Tardaremos mucho en reanudar la marcha?

El maquinista se encogió de hombros y respondió:

—Lo mismo podemos salir de aquí dentro de dos minutos como dentro de dos horas..

La contestación no era para satisfacer al menos exigente, pero como la cara del maquinista

era de las de pocos amigos, Harold creyó lo más oportuno no seguir preguntándole y se dedicó a inspeccionar los alrededores de aquel campo.

A algunos pasos de allí una hermosa flor silvestre llamó la atención de Harold. Aquel si que era un ejemplar rarísimo y como buen estudiante y aficionado a la Botánica corrió a apoderarse de ella. Llegó, por fin al sitio donde estaba la flor, la cortó, con esa satisfacción propia del que ha encontrado un gran hallazgo y cuando iba a volver al tren vió que éste partía. Fué inútil que corriera, intentando cogerlo y convencido de la inutilidad de aquella carrera, que de haber sido de campeonato hubiera obtenido el número uno, decidió marchar por la carretera.

SEGUNDA PARTE

Ya llevaba nuestro simpático Harold varias horas andando, sin saber cuándo llegaría al pueblo más próximo, cuando oyó lo bocana de un autimóvil. Se volvió hacia donde venía el vehículo y vió que lo conducía un muchacho vestido de mecánico, acompañado de un niño. Harold vió el cielo abierto, pues pensó que gra-



Habían sufrido una "panne"

cias a aquel auto podría llegar afortunadamente a alguna estación en donde poder tomar nuevamente el tren y continuar su interrumpido viaje.

El muchacho que conducía el auto, no era tal muchacho, sino la propia Billie que se había puesto un "mono" para efectuar aquel viaje. Cuando llegó a donde estaba Harold éste le preguntó:

—¿No podría usted llevarme al pueblo más

próximo? A su coche lo mismo le dará conducir uno más y yo le quedaré agradecido.

—La cuestió es que tendrá usted que ir subido encima de todos los bultos—le respondió Billie, a quien Harold había tomado por un muchacho.

—Eso es lo de menos—respondió Harold—. Yo soy capaz de sostenerme en un pararrayos.

—Pues entonces suba usted—terminó diciéndole Billie.

Subió Harold encima de los bultos, pero el traqueteo del auto y los baches de la carretera amenazaban a cada momento con dar con su cuerpo en la rica tierra.

Al cabo de media hora escasa de ir subido en aquel montón de cosas, el coche se paró de repente. Habían sufrido una "panne" y era preciso repararla.

Harold, desde luego no sintió el menor deseo de echarse sobre la tierra y meterse debajo de las ruedas del auto para ver lo que tenía y dejó tranquilamente a Billie, la ocupación de arreglar el coche.

Entre tanto se sentó al lado del vehículo y sacó de nuevo el retrato que se había hecho en la estación, sin que pudiera sospechar que aquella muchacha, que tanto le había interesado era la misma que había junto a él vestido de hombre.

Billie, después de repasar inútilmente las ruedas del coche se acercó a Harold y quedó

sorprendida al verse retratada junto a aquel desconocido. Sin embargo, parecía un muchacho simpático, al menos para ella lo era, y no le disgustó aquella coincidencia, lo único que no comprendía era cómo estaba retratada al lado de él. Para indagar cómo se había realizado aquel milagro, pues así lo parecía le preguntó:

—¿Dónde consiguió usted ese retrato?

—¡Es "mi" chica!—respondió vanidosamente Harold.

—¿Su chica?—preguntó más extrañada aún Billie.

—Ya lo creo... ¿Verdad que es bonita cuando sonríe, como en este retrato?

—Tiene la boca demasiado grande—respondió Billie, con gran pesar de Harold que volvió a preguntarle:

—¿Y estos ojos, qué le parecen?

—Los tiene demasiado separados el uno del otro—le contestó Billie nuevamente.

Harold se la quedó mirando, como quien mira a un grán enemigo después de varios años de ausencia y exclamó amenazándola:

—No sé cómo no le doy en las narices... Le advierto que es mi prometida y nos vamos a casar dentro de un mes.

—Pues tiene usted muy mal gusto—siguió diciéndole ella—. Yo en su caso la dejaría.

—A ver si el que te deja "K. O." soy yo como sigas hablando así. ¡Más valiera que te

dedicaras a arreglar esta chocolatera que tienes por auto.

—A esto no hay quien lo mueva—respondió Billie.

—Quizá sea cuestión del carburador—le dijo Harold.

—¿Quién sabe? Miremos a ver.

Los dos, sin que ninguno entendiera una palabra del mecanismo de un auto se pusieron a andar en el motor. Pero aquella vez la fortuna les favoreció y logró Billie sacar el carburador. Estaba con él en la mano cuando otro auto que pasaba se acercó a ellos y les preguntó el que lo conducía:

—¿Pasa algo?

—Este bicho—respondió Harold—, que no hay quien lo haga andar.

—¿Han visto si les falta gasolina?—preguntó nuevamente el del otro auto.

—¡Es verdad!... ¡Eso no lo había mirado!—exclamó Billie dejando el carburador que tenía en la mano sobre el estribo del otro coche y corriendo a mirar el depósito de gasolina del suyo.

Como había advertido el del otro automóvil, lo que le pasaba es que estaba sin una gota de gasolina. El recién llegado llevó su atención hasta el punto de dejarles un bidón de gasolina y continuó su camino.

Billie se apresuró a echar la gasolina en el depósito de su Ford y Harold, que fué a colo-

car el carburador al no encontrarlo le preguntó a la muchacha:

—¿Y el carburador, dónde lo has dejado?

Entonces fué cuando se dió cuenta Billie de lo que había hecho y respondió consternada:

—¡El otro automóvil se lo lleva!

—¡Eres más imbécil de lo que yo me creía, muchacho!—exclamó Harold, dándole un empujón que la hizo rodar por el suelo.

Billie se levantó, rascándose la parte dolorida de las posaderas contra las cuales se había dado el golpe al caer en tierra y le dijo:

—Sin carburador no podemos seguir adelante... Tendremos que pasar aquí la noche... Ayúdeme a levantar la tienda de campaña.

Allí fué la debacle. Mientras que Harold estiraba las cuerdas de un lado, Billie estiraba del contrario y la tienda nunca quedaba puesta. La paciencia de Harold era mucha, pero aquel chico se la terminaba con sus torpezas. Después de grandes esfuerzos consiguieron, por fin, colocar la tienda y Harold, siempre en situación de dar órdenes la dijo, señalándole a unos grandes cajones que había sobre el auto:

—Llévate eso a dentro de la tienda.

Por más esfuerzos que hizo Billie para llevar hasta donde le indicaba los cajones fué inútil y tuvo Harold que ayudarle, con gran sentimiento por su parte. Encendieron luego fuego y Harold mandó por agua a la joven diciéndole:

—Haz algo, inutilidad. Ves y trae agua, si no me parece que esta noche no comes.

Billie tuvo que ir por lo que le mandaba y entre tanto, Harold que había visto una preciosa flor en un árbol corrió a apoderarse de ella. Pero estaba demasiado alta y no llegaba con la mano. Miró alrededor suyo buscando algo en que poder subirse para apoderarse de la flor y sólo vió cerca de allí a una vaca. Inmediatamente tomó una resolución. Se subió encima de ella y cuando ya estaba a punto de hacer suya la flor, el animal emprendió una veloz carrera. Harold pudo sostenerse algún tiempo sobre ella, pero finalmente dió con su cuerpo en tierra. El testarazo había sido como para no levantarse en una semana, mas los huesos de Harold parecían de goma y al poco tiempo, pasado el dolor de los primeros minutos, volvió de nuevo a donde habían levantado su pequeño campamento.

La comida ya estaba hecha, pero todavía no había puesto aquel chico la mesa. Tal y como estaba de genio Harold, mal se le presentaba a Billie y como prueba de ello recibió un puntapié, en el lugar que, por regla general, destinan las personas para sentarse, a la vez que le decía:

—Entra a la tienda y saca un mantel. ¿Me parece que ya es hora de que comamos?

Billie se metió en la tienda, pero en vez de salir con el mantel que le pedía Harold, lo que



Harold era el más diligente camarero...

hizo fué cambiarse de ropa y salir tal y como era en realidad.

Figúrense la cara que pondría el chico de las gafas al ver que el muchacho a quien había maltratado era nada menos que la joven que estaba retratada con él. Hubiera querido encontrar en aquel instante un agujero en la tierra donde meterse, pero como no lo había se contentó con decir, reprochándose su insensatez por no haberla reconocido:

—He sido cruel y un majadero. ¡Nunca me perdonaré lo que he hecho!

Y sin esperar la contestación de la muchacha que le sonreía deliciosamente inició la retirada a campo traviesa. Mas a Harold no le gustaba mucho la idea de tenerse que separar quella criatura adorable, por otro lado no iba a volver al lado de ella después de lo que había hecho. Pero como su imaginación era fecunda para todos esos casos en seguida encontró el medio de que fuera ella misma quien le invitara a volver a su lado. Dió un grito y empezó a cojear; hasta que llegó Billie que le dijo:

—¿Se ha hecho mucho daño?

—Creo que me he roto dos o tres huesos de la pierna.

—¿Dos o tres huesos?—preguntó extrañada la muchacha.

—He querido decir — respondió Harold —, dándose cuenta de que había dicho una barbaridad — que me he hecho un daño atroz. Casi no puedo dar un paso.

—Apóyese en mí—le respondió Billie—y volvamos a la tienda de campaña.

Harold vió algo así como si los ángeles se le acercaran cuando se sintió sostenido por la ideal Billie. Cojeando llegó hasta donde estaba la tienda y Billie entró a sacar lo que necesitaban para comer. Harold, entusiasmado como estaba se olvidó de su cojera y cuando

salió ella lo vió andando tan tranquilamente. En seguida se dió cuenta de la estratagema de él y le dijo sonriendo:

—Ahora que está mejor del pie podrá poner la mesa.

Y Harold demostró en el transcurso de aquella noche que era capaz de aventajar al camarero más diligente del mejor hotel del mundo.

TERCERA PARTE

Gracias a un remolque providencial, al día siguiente pudieron llegar los dos jóvenes a la estación más próxima, pero el tren tardaba todavía en llegar y Harold, deseando prolongar todo lo posible la compañía de aquella muchacha le dijo:

El tren llega con retraso, podemos dar un paseo.

Corrieron los bellos jardines que rodeaban a la estación y en aquel ambiente lleno de romanticismo Harold y Billie dejaron hablar sus corazones, sintiéndose el uno atraído por el otro. Pero en medio de la emoción que embargaba a los dos jóvenes, ninguno se acordó preguntarle al otro su apellido. Sabían solamente que los dos iban a San Francisco, pero

no sabían a dónde pararían ni cómo poder encontrarse.

Llegó la hora de salida del tren y cuando ya éste estaba en marcha fué cuando Harold se acordó de todo esto y le gritó:

—¿Cómo es su apellido?

Billie se lo dijo gritando, pero en aquel momento un matrimonio que había aparecido también en la plataforma se puso a hablar e impedía a Harold oír a la joven, hasta que aquél le dijo indignado:

—¿Quieren ustedes callarse?... ¿No ven que no oigo lo que me dice?

Y tampoco entonces la pudo oír porque ya estaban demasiado lejos. Lo único que pudo hacer el simpático estudiante de botánica fué darse cuenta de los gemelos que llevaba colgando de su cuello y valerse de ellos para ver durante más tiempo la gentil silueta de Billie.

Entre tanto, en San Francisco, en el cuartel de la policía se celebraba una importantísima reunión. A ella asistía el Doctor Chang Cow, un médico chino famoso, organizador de una cruzada contra los narcóticos entre sus compatriotas del barrio chino de San Francisco. El otro era un tal Torme, persona muy influyente en San Francisco y que también estaba interesado en hacer desaparecer a los traficantes de estupefacientes y por último se encontraba el capitán Walton, a quien el Gobierno había delegado para aquella misión.

El doctor, refiriéndose al asunto que motivaba aquella reunión, decía a sus compañeros:

—Todo el bien que mi clínica pueda hacer entre mis compatriotas se malogra por las actividades del "Dragón" y su banda.

—Yo creo que no tardaremos en apresarlos—respondió el capitán—. La junta me ha dado amplios poderes y en lo futuro este departamento logrará lo que no se ha logrado hasta hora.

Torme por su parte se quedó mirando a un retrato que había en la pared y señalando para él comentó tristemente.

—En el tiempo del viejo Bledsoe, no pasaba en el barrio chino lo que está pasando ahora... Aquel sí que era un capitán de policía.

—He oído hablar tanto de él—exclamó el capitán Walton—que me he tomado la libertad de llamar a su hijo. No sé que tal será el hijo, pero si sale a su padre pronto tendremos al "Dragón" en nuestro poder.

—Es la única manera de que usted pueda conservar su empleo—terminó diciendo Torme a la vez que salía del cuartelillo.

Se dirigió al barrio chino y al llegar a un puesto de flores, dos chinos que habían en la puerta tiraron de una pequeña estantería que colgaba con ramos de flores e inmediatamente por el lado opuesto se abrió una puerta por la que entró Torme. Volvióse a cerrar la puer-

ta por sí sola y una vez dentro de un verdadero laberinto de escaleras y callejones, se dirigió Torme a una estancia secreta. Allí cambió sus ropas por otras de su origen chino y una vez caracterizado de aquella forma reunió a sus secuaces y les dijo:

—El doctor Gow nos va resultando un estorbo peligroso y hay que taponarle la boca. Es preciso que esté en nuestro poder antes que pueda descubrirnos.

Entre los reunidos se acordó la forma de hacerse con el doctor, y una vez terminada la reunión, desapareció el famoso "Dragón", que no era otro que Torme, tan misteriosamente como había entrado.

Cuarta parte

Como había dicho el capitán, Harold había sido llamado a la delegación de policía para que hiciese honor a su apellido y descubriese al misterioso jefe de la banda de chinos. Claro está que si Harold hubiese sabido el motivo de aquella llamada no se hubiera molestado en venir, ni habría tenido todos los contratiempos que le sucedieron a su llegada. Pero como no sabía nada de esto, el joven se presentó



Los traficantes de estupefacientes...

por fin, una mañana en el cuartel de Policía y en un momento verdaderamente crítico.

Los hombres del "Dragón" habían acudido allí para apoderarse del doctor y del capitán. Entraron en el cuartelillo, y cuando habían hecho suyos por sorpresa a los policías, apareció Harold. Inmediatamente comprendió que algo anormal pasaba, y metiéndose la mano en el bolsillo, apuntó con un dedo a los bandidos exclamando:

—¡Manos arriba!... ¡El primero que se mueva es hombre muerto!

Los traficantes en estupefacientes, al verse sorprendidos de aquella forma, no tuvieron más remedio que obedecer, y Harold les fué quitando tranquilamente los revólvers y quedaron prisioneros de los policías, que miraban extrañados a aquel personaje que tan oportunamente se había presentado, hasta que éste preguntó:

—Deseo hablar con el capitán Walton. ¿Es alguno de ustedes?

—Yo soy el capitán Walton—respondió éste—. ¿Y usted, quien es?

—Soy Harold Bledsoe.

—¿Con que usted es el hijo de Jim Bledsoe?—exclamó alegremente el capitán—¡Vengan esos cinco, muchacho!

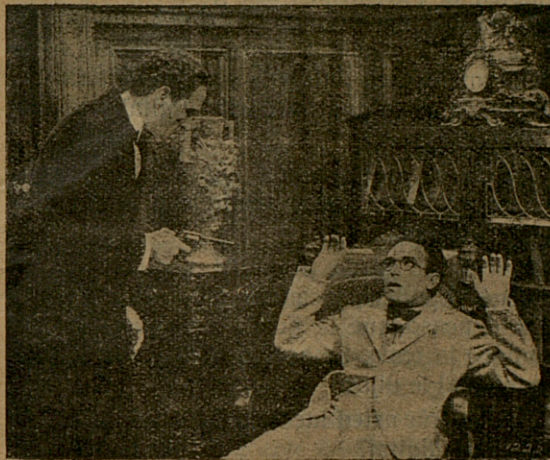
Le hizo entrar dentro del cuartelillo, a la vez que decía a los hombres a sus órdenes:

—Obtengan una impresión digital de estos individuos, a ver si están ya fichados.

—¿Y para qué necesita esta impresión digital?—preguntó Harold.

—Es la mejor manera de conocer a los delinquentes—respondió el capitán—. En el mundo no puede haber dos impresiones digitales iguales. ¿Comprended?

—Sí, sí—respondió a su vez Harold—. Es lo mismo que las hojas de las plantas... No hay dos iguales. He estudiado botánica, y esto de



—Ni usted, ni nadie.

los impresiones digitales me gusta porque se parece mucho a mi estudio.

Y había que ver el gusto que le tomó Harold a aquello de las impresiones digitales. Baste decir que al cabo de quince días, si un huracán hubiese azotado la comisaría, los estragos no hubiesen sido, de seguro, tantos como los que hizo Harold removiéndola cada objeto en los que había puesto cualquiera la mano. Aquella obsesión de Harold había llegado al colmo y los policías habían perdido

también la paciencia. Para gastarle una broma, una mañana en la que Torme había estado en la policía y al ir a escribir se había manchado un dedo en tinta y lo secó en un secante. Un policía tomó aquella huella digital y le dijo a Harold:

—Esta es la impresión digital del dragón. Si consigue otra igual, tendremos al hombre que buscamos.

Harold se gurdó el papel secante que le entregó el policía, y cuando fué a salir Torme, Harold pensó que la huella de aquel hombre tampoco la tenía. Se acercó a él, y con mucha amabilidad le dijo:

—¿Tendría usted inconveniente en darme su impresión digital?

—Ni usted, ni nadie, conseguirán tener eso mío—respondió malhumorado el “Dragón”, o sea Torme.

Harold se lo quedó mirando y no quiso insistir, pero al llevarse Torme la mano al sombrero quedó la huella de su dedo en el ala, y Harold, no corto ni perezoso, sin que lo viera Torme le cortó con unas tijeras el trozo donde habían quedado las huellas digitales. Las comparó luego con las del secante y exclamó:

—¡Ya tengo al “Dragón”! ¡Las huellas digitales son iguales!

Pero por más que quiso convencer al capitán y a los policías de que el “Dragón” era

el mismo Torme, nadie le creyó y Walton terminó diciéndole:

—Si quiere usted descubrir al “Dragón” vaya al barrio chino.

—No dude que lo haré y que descubriré a ese hombre—respondió Harold, tomando su sombrero y saliendo del cuartelillo.

Y de esta manera, andando entre lavandarias y restaurantes chinos, Harold se lanzó en busca del “Dragón” en pleno barrio chino.

Allí hacía su guardia el simpático policía Patricio Clancy, que cuidaba de la circulación, y allí fué también donde Harold se encontró por casualidad con Billie, que iba en su coche hacia la clínica del doctor chino.

Verla Harold y correr hacia ella, todo fué un instante, y sin preocuparse de que interrumpían la circulación, permanecieron allí parados, mientras que Harold le decía:

—La he estado buscando y no he podido dar con su paradero.

—Yo voy todas las tardes a casa del doctor Cow. Allí me encontrará siempre que quiera.

Clacy, en vista de que Harold no hacía caso a la orden que daba de que circularan, se fué para él con el decidido propósito de detenerlo. Harold lo comprendió así, y tirándose materialmente del auto, dejó que Billie continuara su camino, mientras él procuraba despistar al guardia. Pero toda su inventiva fué inútil. Después de varias carreras por el barrio

chino, cayó en poder de Patricio, que le dijo:

—El que pretenda burlarse del guardia primero Patricio Clancy, tiene que ser más listo que una rata.

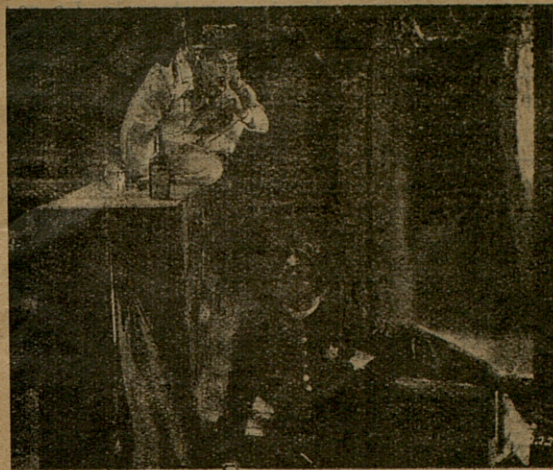
Harold, que miraba hacia arriba, vió en el balcón que había sobre ellos que un niño jugaba con un tiesto de flores y que lo iba a tirar sobre su cabeza. Para evitarlo se alejó un poco, y el policía se le acercó nuevamente, diciéndole:

—Venga usted acá. ¿Dónde va usted?

Harold le indicó con el dedo que mirase hacia arriba, y Patricio sonrió, diciéndole:

—Sí, ya sé que quiere usted que mire para arriba, para escaparse.

En aquel momento el tiesto cayó sobre la cabeza del guardia, dejándole sin conocimiento. Harold fué a ayudarlo a levantarse, mas en aquel instante un chino se acercó al guardia y le robó el revólver. Corrió Harold tras él y lo vió entrar en un restaurant, pero cuando el muchacho se personó en el interior del establecimiento se halló en una verdadera confusión. Allí había más de cincuenta chinos y todos parecían iguales. ¿Cómo iba a descubrir el que era el ladrón? Lo mejor sería indagar quién tenía revólver. Se acercó al que estaba más próximo a él y le tocó en la parte posterior de su cuerpo y donde los europeos suelen llevar el bolsillo de la pistola. El chino, al verse tocado allí creyó que había sido otro



— Si ya se lo que quiere; que mire para arriba, para escaparse

compatriota suyo que estaba a su espalda y la emprendió con él a banquetazos. Harold siguió repitiendo la operación y pronto el restaurant se convirtió en un campo de batalla. Los golpes de unos a otros iban dejando sobre el suelo a casi todos los hijos del celeste imperio, y Harold, conforme caían los registraba para ver si encontraba en alguno el revólver que había sido robado al guardia. Así continuó la lucha, hasta que no quedó más que un chino, en tan lamentable estado, que le bastó a Harold darle un simple banquetazo

para que cayera rodando por el suelo. Lo registró y por fin encontró el revólver del guardia. En aquel instante apareció Patricio, y al ver a los chinos en el suelo no pudo menos de expresar su admiración, diciéndole:

—¿Usted solo, sin auxilio alguno ha hecho a dormir a todos estos chinos?

—Sí—, respondió Harold—. Le habían robado el revólver, y como soy mal fisonomista, todos me parecieron iguales.

—Pero... ¿se puede saber quién es usted?

Harold le dió su nombre, y el policía, al saber que era hijo de aquel gran capitán, se cuadró militarmente y le dijo:

—¡Cuánto me alegro! ¡Hoy es el día más grande de mi vida! Entre usted y yo nos so-
braremos para poner paz en este barrio.

Pasaban en aquel momento por la puerta de un restaurant, y dos chinos salieron discutiendo por la posesión de un trombón. Dejaron la cuestión al criterio del policía, y Harold se adelantó para dar la suya. Tomó el trombón y preguntó cual era su verdadero dueño. Los dos respondieron, afirmando quel es pertenecía, y en vista de ello, Harold lo rompió por la mitad, les entregó una parte a cada uno y les dijo:

—Así estaréis los dos contentos.

El policía se lo quedó mirando extrañado y exclamó:

—Es usted más sabio que Salomón.

QUINTA PARTE

Todas las noches Harold acudía al domicilio de Billie y pasa con ella algunas horas. Una noche estaban los dos jóvenes oyendo la radio, cuando se enteraron de la misteriosa desaparición del doctor Cow. Billie se echó a llorar y exclamó:

—Esto es lo peor que podría sucederme. Si el doctor no aparece, Buddy, mi hermanito, no se curará.

—Yo lo encontraré — respondió enérgicamente Harold.

—No haga eso — exclamó asustada la joven—. ¡Le costaría la muerte!

Pero Harold no oía más que la voz de su corazón, y se lanzó a la calle en busca del doctor. Llegó al barrio chino y allí se encontró con Patricio, a quien le dijo:

—Vengo a buscar al doctor Cow.

—Eso es lo mismo que flirtear con la muerte—le respondió el policía—. Pero si usted está decidido, yo le acompaño.

Entraron en la tienda de flores por donde había desaparecido Torme, y una vez dentro se dieron cuenta de que la puerta se cerraba sola.

—Estamos cogidos en el gallinero—exclamó el policía.

Harold sudaba la gota gorda y fué a sentarse en un cajón. Pero al mismo tiempo sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Se volvió rápidamente y vio que había allí un muerto. De un salto se alejó de aquel sitio y le dijo a Patricio:

—Telefóneee pidiendo refuerzos.

Corrió el policía a la cabina del aparato y entre tanto Harold se acercó nuevamente al lugar donde había dejado el cadáver. Este había desaparecido y en su lugar, cerca de allí, se encontró a otro.

Aquellas apariciones no le hacían nada de gracia y muerto de miedo pretendió huir. Pero cambió la dirección y lo que hizo fué internarse más aun en aquel laberinto. De pronto encontró a otro individuo que se agarraba a él fuertemente y los dos sostuvieron una lucha titánica, rodaron por una escalera y se encontraron en un departamento donde, gracias a la luz que entraba por una claraboya, pudieron darse cuenta de que eran Patricio y Harold los que luchaban.

Siguieron andando, cada uno procurando disimular el miedo que llevaba, hasta que se vieron sorprendidos por unos chinos que apoderándose de Harold lo llevaron en presencia del "Dragón", que le dijo:

—¿Sabes lo que te costará el querer entrar hasta aquí?

Harold iba a contestarle que no lo sabía, pero el "Dragón" se le anticipó diciéndole:

—Esto te costará la muerte y morirás de la forma más cruel que hayas podido imaginar en tu vida.

—Le advierto, señor "Dragón"—respondió Harold—que yo nunca he pensado en morir, ni me he imaginado nada de eso que tu dices.

Sin embargo Harold creyó adivinar en la voz de aquel hombre la misma que había oído en el cuartelillo, o sea la de Torme.

Fuertemente atado lo dejaron tendido en tierra, pero al cabo de un rato, gracias a la ayuda de Patricio, pudo salir de allí y corrió a la delegación para decir a Walton el descubrimiento que había hecho.

Lo mismo que antes, nadie lo creyó. Cuando discutía con el capitán entró Torme.

Harold, al verle, se abalanzó a él, preguntándole:

—¿Dónde está el doctor Cow?

—Eso es lo que yo vengo a preguntar—respondió Torme.

—¡No mienta usted!—exclamó Harold, indignado—. ¡Diga dónde está! ¡Usted y solamente usted es el "Dragón"!—. Y sin poderse contener se aferró a Torme, intentando detenerlo. Todos los demás policías le sujetaron,

mientras que Torme, afectando una gran indignación, le decía al capitán:

—¡Haré que despidan a todos ustedes por inútiles!

También había acudido a la delegación para saber si tenían noticias de Harold, Billie, y al encontrárselo allí le preguntó:

—¿Has sabido algo del doctor??

—Sí, Billie, pero estos imbéciles no me han querido creer y tendré que descubrirlo yo solo.

Y antes que se dieran cuenta los policías echó a correr, tomó una moto que había en la puerta y se dirigió hacia el domicilio de Torme, que al verlo entrar le dijo:

—¿Viene usted otra vez aquí con sus impertinencias?

—Vengo a descubrir el paradero del doctor—respondió Harold—. Sé que es usted el "Dragón".

—Pues para que tenga usted sus huellas digitales aquí tiene cinco más—exclamó Torme, dándole un terrible bofetón. Harold se lanzó sobre él, y ambos sostuvieron una lucha, hasta que Torme, más fuerte que Harold, consiguió derribarlo.

Llamó entonces a un timbre y apareció un enorme negro a quien le dijo el bandido, señalándole a Harold:

—Llévatelo ahí dentro y dale una buena paliza.

El negro lo cogió en sus manos y lo trans-

portó dentro de la habitación de donde había salido. Pero allí pasó lo que menos podía figurarse. Harold, valiéndose de sus saltos y de sus estratagemas, conseguía darle cada golpe en los tobillos al negro, que el pobre apenas si podía moverse. Por fin consiguió dejarlo sobre el suelo sin conocimiento. Ya iba a salir de allí cuando oyó un quejido detrás de un tapiz, lo levantó y vió que encontraba allí, manitado, el doctor Cow. Corrió a desatarlo, en el mismo momento que entraban los policías para detenerlo por orden de Torme.

—¿Y ahora?—preguntó Harold—. Se convencen ustedes de que es este hombre el "Dragón".

Walton, ante la prueba y la acusación del doctor, detuvo a Torme.

El doctor se acercó a Billie y le dijo:

—Su hermanito corre de mi cuenta. Yo le curaré. Esa será mi recompensa.

Salieron todos y Harold acercándose a Billie le dijo:

—¿Y yo no merezco ninguna recompensa?

La muchacha se acercó a él y le dió un apasionado beso. Fué a separarse, pero se encontró con los brazos de Harold que la retenían y pensó que en ningún lado mejor que en ellos podría ser tan feliz.

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.

No, no, Nanette Bernice Claire

Amor Solfeando Imperio Argentina

Noche de Príncipes Gina Manés

Sally Marilyn Miller

Broadway Merna Kennedy

El Signo del Zorro D. Fairbanks

(4.^a Edición)

Bodas Sangrientas María Jacobini

(2.^a Edición)

Precio: 50 Céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

¿Quiere usted conocer la vida ar-
tística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

Dolores del Rio

Adolfo Menjou

Janet Gaynor

25 CÉNTIMOS
VOLUMEN

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona